El mimo

Sergio

Image not found.

Capítulo 1

EL MIMO

El cielo estaba despejado. El sol era el único protagonista en aquellos momentos del alba. Ese clima placentero incitaba al populacho a ausentarse de sus hogares. Las calles estaban abarrotadas por aquel regalo meteorológico. John llegó puntal al banco como de costumbre. En la entrada de aquella banca se podía contemplar a las primera personas del día que requerían los servicios de su banquero.

Nuestro protagonista era un hombre de avanzada edad. De constitución robusta y baja estatura. Su cabeza se caracterizaba por su enorme calva. La nariz era rechoncha, perfecta para sujetar sus enormes gafas. Su vestimenta estaba determinada por las camisas a rayas. Camisas que reflejaban un desagradable sudor. Sus conocidos definían al individuo como una persona risueña y optimista.

Las primeras horas de la mañana estaban resultando bastante gratificantes. Pese a llevar treinta años en el oficio, tenía las mismas energías que cualquier joven que acaba de terminar sus estudios de economía. Mientras realizaba los trámites para la actualización de una cartilla sus ojos se encendieron como una alarma de incendios en un niño que se encontraba en la calle de enfrente mendigando.

Aquel chico era la viva imagen de la indigencia. Su ropaje estaba sucio y con numerosos descosidos. Las zapatillas no ocultaban sus dedos. La larga cabellera que cubría su frente estaba alborotada y descuidada. Su piel era de un tono negruzco.

John se congeló al ver esa dura imagen. Las nubes empezaron a tomar protagonismo. La majestuosa estrella que nos ilumina había sido borrada. En esos momentos el banquero sintió una terrible necesidad de establecer contacto con aquel muchacho. Quería conocer su identidad y su historia. Desde entonces las horas eran años en aquella oficina. No le quitaba ojo al reloj de la sala. Ansiaba la hora de salida para poder conversar con el desconocido. Cuando acabó la jornada laboral John salió del banco como si un fuerte quehacer tuviese entre manos. El origen de aquel cambio de ánimo tan brusco se esfumó. Las nubes aún mantenían a su prisionero.

Al día siguiente el cielo se mantenía oculto. No podía dejar de pensar en aquel muchacho. Un sentimiento de angustia y de opresión le recorría por todas sus venas. Como un verdadero espíritu se había desvanecido sin dejar rastro.

El sendero que tenía que recorrer para llegar al banco le resultó una auténtica selva. El tiempo se había evaporado junto con aquel niño, por

ello mantenía una actitud fatigante en todo momento.

Más tarde volvió su salvador. Estaba allí sentado como el día anterior, obteniendo de vez en cuando unas monedas que le daban algunos de los paisanos con los que se topaba. Gracias a ese ángel el alma de John obtuvo placidez.

El cielo cosechaba un color cada vez más oscuro. El banquero clavó su mirada en un personaje que le resultó bastante peculiar. Se encontraba a pocos metros de distancia del chiquillo. Era un mimo de constitución rechoncha. Llevaba puesta una camiseta de manga larga blanca con rallas horizontales del color de la tinta de un calamar. El pantalón apretado era largo y negro. Los zapatos también sustentaban aquel color. Sus manos estaban camufladas bajo unos guantes blancos. El rostro se mantenía en secreto bajo un maquillaje de tinte blanco, exceptuando las dos rallas negras verticales que sobresalían de sus líneas superiores e inferiores de sus pestañas. Una boina a juego con sus zapatos cubría su cabeza, sin dejar ningún cabello al descubierto.

Aquel personaje estaba completamente inmóvil observando al niño. No movía ni un solo músculo de su cuerpo. Ni siquiera pestañeaba. Su semblante permaneció completamente inexpresivo. La seriedad formaba parte de su ser. Era un maniquí de escaparate. De repente John vio una terrible escena bajo los gruesos cristales de las vidrieras del banco. El mimo había realizado un movimiento. Su mano derecha se encontraba oculta en su bragueta.

No podía creer lo que estaba viendo el banquero. Quería salir de su lugar de trabajo, pero los clientes se lo impedían. Empezó a realizar sus labores con rapidez, pero la cola no acababa. Necesitaba evadirse de aquellas personas que no le dejaban vivir en paz.

Volvió a echar un vistazo al exterior. El niño estaba disfrutando de una tableta de chocolate que le había proporcionado aquel mimo. Seguidamente le dio las gracias al desconocido y le facilitó su nombre. John pudo leer sus labios en esos momentos. El muchacho se llamaba Robert. Una vez acabada otra jornada laboral el chico ya no estaba.

La atmósfera del tercer día estaba completamente a oscuras. Robert estaba en el mismo lugar mendigando. John se encontraba en el trabajo. Aquel jovencito no era consciente de la tortura que le suponía a su observador.

Pero esta vez la estrella del momento estaba siendo suplantada por el nuevo personaje con aspecto caricaturesco. El mimo intentaba atraer a cada instante la atención del muchacho con varias escenas cómicas.

Al principio John no sentía temor por el mendigo, y las mamarrachadas también despertaban una pequeña sonrisa al banquero. Una cierta turbación de envidia con respecto a su nuevo sucesor empezaba a resurgir de su interior. Las nubes advertían la llegada de una detonación atronadora.

El mimo comenzó a hacer señas. Robert tenía que meter una de sus manos dentro de un bolsillo de aquel pantalón apretado. El muchacho se negó ante aquel ofrecimiento. La mirada del cómico en esos momentos fue terrorífica. Su rostro era impoluto, y sus ojos reflejaban malicia. Los relámpagos emergieron de su cautiverio. John tenía un mal presentimiento.

Cuando se percató de la próxima partida del niño, empezó a actuar delante de sus compañeros y clientes de manera enfermiza. Todos creyeron que el banquero estaba indispuesto, por ello le dejaron salir antes de que acabase su jornada.

Una vez libre de su prisión siguió a Robert para asegurarse de que aquel desconocido no le siguiese. Caminó entre varias callejuelas que le eran desconocidas, sin perder de vista a su guía. Una vez terminado el trayecto, el niño le dio sus monedas a una mujer harapienta que se encontraba rebuscando en un contenedor. Aquella mujer sujetaba con sus manos huesudas una enorme maza extraída de aquel cubo. Seguidamente la dejó caer al suelo como cualquier objeto sin valor. John se mantuvo oculto durante toda la escena.

La mendiga empezó a contar las monedas como si de un botín se tratase. Mientras realizaba aquella acción una sombra resurgió a sus espaldas. La maza ya no estaba en el pavimento. Un fuerte sonido resonó en el ambiente. Provenía de la nuca de la mujer. Su ojo izquierdo salió desprendido de su órbita junto con un reguero de sangre. La víctima cayó al suelo sin vida. El asesino se encontraba en presencia de dos espectadores. Robert gritó al ver el lúgubre cuerpo de su madre difunta.

Varias semanas transcurrieron desde aquel trágico suceso. Uno de los clientes del banco preguntó por John. Los miembros de la banca desconocían su paradero. Al oír aquellas palabras le vino la imagen de aquel niño que mendigaba en la calle de enfrente. Ese rincón donde se posaba estaba vacío.